

Potamos, que los del Peloponeso ganaron en el estrecho del Helesponto. El esparciata Lisandro que les mandaba, sorprendió la escuadra de los Atenienses, compuesta de ciento y ochenta velas; se hizo dueño de ella, é hizo tres mil prisioneros*.

Alcibiades, que despues de su retiro se habia establecido en el pais vecino, habia advertido á los generales atenienses el peligro de su posición, y la poca disciplina que reinaba entre los soldados y marineros; pero ellos despreciaron el consejo de un hombre caido en desgracia.

CONQUISTA DE ATENAS.

La pérdida de la batalla trajo consigo la de Atenas, que despues de un sitio de algunos meses, se rindió por falta de víveres**. Muchas de las potencias aliadas propusieron que se destruyese. Lacedemonia, dando mas oídos á la voz de su gloria, que á la de su interes, se negó á poner en cadenas una nacion, que habia hecho tantos servicios á la Grecia; pero condenó á los Atenienses, no solamente á demoler las fortificaciones de Pireo, y la larga muralla que jun-

* El año 405 antes de J. C.

** Hacia fines de abril del año 404 antes de J. C.

taba el puerto con la ciudad, sino tambien á entregar sus galeras, á excepcion de doce: á llamar á los desterrados; á sacar las guarniciones de las ciudades, de que se habian apoderado; á hacer una liga ofensiva y defensiva con los Lacedemonios, y á seguirlos por mar y por tierra inmediatamente que recibiesen la orden.

Las murallas fueron derribadas al son de música, como si la Grecia hubiera recobrado su libertad; y algunos meses despues el vencedor permitió al pueblo elegir treinta magistrados, que debian establecer otra forma de gobierno, y que acabaron por usurparse la autoridad*.

Al principio se encarnizaron en una multitud de delatores, odiosos á los hombres de bien, despues contra sus enemigos particulares, y últimamente contra aquellos, cuyas riquezas querian robar. Las tropas lacedemonias que obtuvieron de Lisandro, y tres mil ciudadanos que se habian asociado para fortificar su potencia, protegian abiertamente sus injusticias. La nacion desarmada, cayó de golpe en una extrema servidumbre: el destierro, las cadenas y la muerte eran el patrimonio de los que se declaraban contra la tiranía, ó parecian condenarla con su silencio. No subsistió esta mas que ocho meses, y en este corto tiempo fueron asesina-

Por el estío del año 404 antes de J. C.

dos indignamente, y privados de los honores fúnebres, mas de mil y quinientos ciudadanos: la mayor parte abandonó una ciudad, donde las víctimas y los testigos de la opresion no se atrevian á dejar oír una queja; porque era preciso que el dolor fuese mudo, y que la piedad pareciese indiferente.

Sócrates fué el único que no se dejó llevar de la iniquidad de los tiempos, que se atrevió á consolar á los infelices, y á resistirse á las órdenes de los tiranos. Mas no era su virtud la que les contenia: temian con mas razon el genio de Alcibiades, cuya conducta espiaban.

Estaba este entonces en un lugar de Frigia, en el gobierno de Farnabazo, que le habia dado señales de distincion y amistad. Instruido de las levadas que hacia el joven Ciro en la Asia menor, habia inferido que este príncipe trataba de hacer alguna expedicion contra Artaxerxes su hermano: en consecuencia, contaba con irse al rey de Persia, advertirle el peligro que le amenazaba, y lograr socorros para librar su patria; pero repentinamente unos asesinos enviados por el sátrapa cercaron su casa, y no teniendo valor para atacarla, la pusieron fuego. Alcibiades se arrojó por entre las llamas con espada en mano, hizo retirar á los bárbaros, y cayó muerto bajo una lluvia de dardos. Su edad á la sazón era de cuarenta años. Su muerte es una mancha

para Lacedemonia, si es cierto que sus magistrados, participantes de los temores de los tiranos de Atenas, movieron á Farnabazo á cometer este cobarde atentado. Pero otros pretenden que se movió por sí mismo, y por intereses particulares.

La gloria de salvar á Atenas estaba reservada á Trasibulo. Este generoso ciudadano, puesto por su mérito al frente de los que habian huido, y sordo á las proposiciones que le hicieron los tiranos de asociarle á su mando, se apoderó de Pireo, y llamó al pueblo á la libertad. Algunos de los tiranos perecieron con las armas en la mano: otros fueron condenados á muerte; y una amnistía general reunió los dos partidos, y volvió la tranquilidad á Atenas.

Algunos años despues sacudió el yugo de Lacedemonia, restituyó la democracia, y aceptó el tratado de paz que el esparciata Antalcidas concluyó con Artaxerxes *. Por este tratado, que las circunstancias hacian necesario, se cedieron á la Persia las colonias griegas de la Asia menor, y algunas islas vecinas: los demas pueblos de la Grecia recobraron sus leyes y su independencia; pero quedaron en un estado de debilidad, del cual acaso no saldrán jamas. Así se terminaron las desavenencias que habian oca-

* El año 387 antes de J. C.

sionado la guerra de los Medos y la del Peloponeso.

El ensayo histórico que acabo de dar, concluye en la conquista de Atenas. En la relacion de mi viage referiré los principales sucesos ocurridos desde esta época hasta mi salida de Escitia: ahora voy á aventurar algunas reflexiones sobre el siglo de Pericles.

REFLEXIONES SOBRE EL SIGLO DE PERICLES.

Al principio de la guerra del Peloponeso los Atenienses se debieron sorprender viéndose tan diferentes de sus padres. Todas cuantas leyes, instituciones, máximas y ejemplos se habian acumulado en los siglos precedentes para conservar la pureza de costumbres, perdieron su autoridad en pocos años. Jamas se probó de una manera mas terrible, que las grandes victorias son tan peligrosas para los vencedores como para los vencidos.

He indicado mas arriba los efectos fatales que produjeron en los Atenienses sus conquistas, y el estado floreciente de su marina y comercio. Se les vió dilatar repentinamente los dominios de la república, y trasportar á su seno los despojos de las naciones aliadas y sometidas. De aquí nacieron los progresos sucesivos de un lujo

ruinoso, y el insaciable deseo de fiestas y espectáculos. Como el gobierno se abandonaba al delirio de un orgullo, que se lo creia permitido todo, porque podia atreverse á todo, los particulares á su imitacion, sacudian toda especie de freno impuesto por la naturaleza y la sociedad.

Muy pronto el mérito no obtuvo mas que una fria estimacion; y todas las atenciones se le tributaron al crédito: las pasiones se dirigieron al interes personal, y todas las fuentes de corrupcion se derramaron con profusion por el Estado. El amor, que antes se cubria con el velo del himeneo y del pudor, encendió abiertamente fuegos ilegítimos. Multiplicáronse las mugeres públicas en la Atica y en toda la Grecia. Vinieron de la Jonia, de aquel hermoso clima donde nació el arte del deleite. Unas se atraian muchos adoradores, á los que amaban sin preferencia, y de quienes eran amadas sin rivalidad: otras limitándose á una sola conquista, llegaron, por una apariencia de regularidad, á ganarse la atencion y alabanzas de un pueblo facil, que las atribuia á mérito el ser fieles á sus empeños.

Testigo Pericles del abuso, no trató de corregirle. Cuanto mas austero era en sus costumbres, tanto mas pensaba en corromper las de los Atenienses, á quienes hacia muelles con una continuacion de fiestas y de juegos.